los heridos y otros trabajos de esta índole.

A las seis de la tarde, se reunieron todos los hombres, en el patio de su casa, dentro de la empalizada; allí se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* (maiz molido) gordas y *tasajo*; reconoció los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora, y despues cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces las mujeres, niños y siete ancianos enfermos y achacosos se trasladaron á la Iglesia, donde debían pasar toda la noche rezando. Solamente su familia y la mitad de su guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitò á los prisioneros, escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender su causa; á los demás hizo que se les llevase carne, harina y una tinaja con agua; despues salió, yéndose à sentar muy pensativo cerca de la chimenea donde ardía un buen fuego que su mujer atizaba, silenciosamente, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y huraño de su marido.

Sus cuñadas lo contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz repentinamente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata que llevaba en la bolsa de su blusa—rezarèmos el rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imágen en papel, clavada á la pared y allí murmuraron un extraño rezo, compuesto por Cruz.

Cuando este terminó, sin decir una palabra, pasó á su cuarto cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea.

XIV.

Sentada en un cajon forrado de cuero estaba Julia, abrumada por la fatiga de una larga y dura jornada, por el recio camino de la sierra.

Se hallaba muy pálida y solo sus hermosos hojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas con abandono y la boca contraída por un gesto nervioso.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chávez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate, dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba, pero ésta contestó vivamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el señor ....y después de suspirar añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pesar fatídicamente so-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

bre tànta amargura.

De pronto se alzó un gran murmullo y vagos rumores llegaron mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego todo cesó, y pasados algunos minutos llamaron á la puerta. Julia abriò, entrando un hombre envuelto en gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Està Cruz? preguntó descobijándose y descubriendo su carabina cuyo cañón brilló á los reflejos de la chimenea.

Pero Cruz, sereno y tranquilo se asomó à su puerta y con voz firme dijo al recién llegado:

—Entra, Pablo,—y este pasó tras él al oratorio.

Era Pablo Calderòn, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observación del destacamento del 11° que guarecìa ese punto cerca de la frontera de Sonora; traía terribles noticias. De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres al mando del Coronel Torres, traía más de 200 hombres de Guaymas y Navajoa, terribles indios de la sierra de Tarahumara, y de las tribus opatas muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12º Batallòn; otra del 24º y el destacamento del 11º que se le incorporó. Debían atacar el pueblo á las 7 de la mañana del dìa 20 de Octubre bajando del camino de Pinos Altos. Pero lo más alarmante era que "San José" había sido hecho prisionero y fusilado acaso en aquellos momentos.

Cruz, entonces, le hizo comprender que guardase un absoluto silencio, y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las noticias aunque no que el Coronel Torres atacase el mismo día, y adivinando que el asalto sería simultáneo, cambiò sus disposiciones y él mismo fajándose

una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, al camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas cuyos ladridos se multiplicaron á lo léjos en el silencio de la noche.

Allí comunicó á su hermano Manuel y á Jesus Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen en el extremo las casas, junto á un río poco ancho y profundo en aquella época y que pasa al Oeste del pueblo.

Asì se hizo, quedando al pié del Cerro del Cordón de Lino solo una guerrilla, y las otras dos tras el río, cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste.

Al rayar el alba extendièronse las dos guerrillas á lo largo del rio, entre las milpas hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y N. O. A retaguardia Cruz con la primera guerrilla permanecció de reserva dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pié del cerro del "Cordón de Lino," mientras Pedro Chaparro disponía tambièn en tiradores los suyos en el Cerro de la Cueva á derecha è izquierda de este, dispuesto á dar frente ó por su derecha al general Rangel, ó por su izquierda al Coronel Torres.

A las seis empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venian de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros. Después se detuvieron y esperaron sin duda la señal de las columnas que venian de Guerrero. Pero estas no llegaban aùn y se repetía por el corneta de órdenes del Coronel la contraseña, *atenciòn, parte y rancho*, sin obtener al otro extemo del valle, otra respuesta que el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por el eco.

Cruz comprendió instantáneamente todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en aquel momento.

Así es que recorrió la dilatada lìnea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma; les hizo avanzar ordenándoles que con el alza à 600 metros, apuntasen á los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarlos a bajar, aniquilándolos en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastrojos ò al pasar el río.

Así se efectuò y media hora después las columnas ya casi en la falda, contestaban los fuegos.

Al frente, al pié del cerro de la Cruz, los bravos *pimas* de Sonora armados de *remingtons*, apenas se podían contener escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles de paso algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados á la vida de la Sierra, á la caza y la carrera entre sus asperezas son terribles. Altos, fornidos y audaces, armados de *remingtons* ó fusiles viejos, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando tambien feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los mas temibles de sus enemigos, los exitaban á bajar y á trabar el combate en el llano, gritandoles:

—¡Bajen esos pimas! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!

Sin embargo, habìa órdenes severísimas de no llevar

aùn un ataque à fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihuahua, que con gran desesperación del valiente Coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11º que mandaba el Capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zavala que con aquel Capitán había derrotado hacía un año á los montañeses aún débiles, había principiado, sobre la izquierda el combate atacando muy de cerca y ferozmente á los serranos. Los federales contestaron haciendo fuego, animados un tanto con los gritos de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo Batallón!

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que de el otro lado de los cerros débilmente repetía el toque de *atencion, parte y diana.*

A paso veloz y por tramos fueron avanzando las columnas de la sección del 24º, pimas, y 11º, en tanto que el 12º subía el cerro de "La Medrano" que con su alta cima domina perfectamente el valle.

Los del pueblo se retiraron lentamente haciendo un fuego vivo y certero que contenìa á los asaltantes à buena distancia.

Solo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente como dignos adversarios de aquel terrible enemigo. Pero era desventajosìsima la posiciòn de aquellos que á descubierto en lo alto de lomas peladas, eran cazados desde la torre de la iglesia ò por los tiradores ocultos en las milpas, que retrocedían por táctica, para anonadarlos ante las primeras casas.

Una vez allí, haciendo fuego por las claraboyas practi-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

cadas en las paredes, contuvieron á los asaltantes, quienes después de pasar el río, viendo más peligro en volver la espalda que en arrojarse hácia adelante, con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego y continuando despuès la carrera tronchando las cañas y saltando por piedras, se estrellaron contra los fuegos certerìsimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento 1º del 11º en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalia de una roca, cayó herido de muerte en la frente, y lo extraño fuè que en la misma posición quedó, con el arma entre las dos manos, apuntando con las cuencas de los ojos vacías, el cañón del fusil salpicado de sesos.

El combate generalizado ya en toda la línea tomò en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora exitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaba el estruendo de las descargas; pero allá en el cuartel General del Coronel Torres partió el toque siniestro de *media vuelta* y hubo que retroceder, tras el heróico ataque.

El Capitán 2º Francisco Corona, del 12º Batallón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba animando à su tropa á aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos!—les gritaba!—¡Adentro muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el Coronel Torres!

—Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—contestaba el enemigo dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que trasmitía sus

órdenes, iba y venía corriendo agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le avisaron que las fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pié del cerro del Cordón de Lino seguía á la espectativa en cuanto el enemigo intentara bajar. Pedro Chaparro en el Cerro de la Cueva cerraba el valle por el Sur, esperaba tambien al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Replegáronse los tomochitecos, y tras las paredes de sus casas continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas. Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno y ya la carnicería era espantosa. La sección del 12º Batallón que intentò llegar hasta la iglesia fué hecha pedazos y dispersada. Los *pimas*, mas cautos, avanzaban á saltos, trabando luchas terribles cuerpo á cuerpo dando salvajes alaridos entre el estruendo fragoso de las descargas crepitantes que se multiplicaban mas y mas.

El Coronel Torres en la falda del cerro de la Cruz observaba con su anteojo de campaña aquel desastroso combate, trémulo de cólera y de impaciencia.

Ah! comprendía que la impuntualidad del general Rangel costaba la derrota completa y la horrible efusión de sangre que estaba presenciando.

Se repitió el toque de media vuelta y empezò una desastrosa retirada mas peligrosa que el mismo ataque. Se dejó una huella de heridos y cadáveres.

El Capitán 1º Luis Telles cayó muerto; pocos momentos después el Capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en el piè derecho.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

Un subteniente era hecho prisionero al mismo tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas.

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le hiciera caso, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12º Batallón, viva el Coronel Torres, viva el General Rocha, los que estuvimos en la Bufa no corremos, ¡viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayò de rodillas junto al cadàver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho.

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que pasaba el rìo, bajo una lluvia de balas, trataron de llevarselo, y entonces él frenético dió un culatazo en la cabeza de uno de ellos gritandole enronquecido y ebrio de furor:

—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufa no *corremos* ....¡Viva mi General Ro....—En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo por una bala que debió haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto el corneta de ordenes del Coronel Torres continuaba tocando desesperadamente, la contraseña convenida: *atención, parte y rancho.* Al fin se oyó en los cerros del Oriente la contestación, *atención, parte y diana.* El General Rangel llegaba una hora mas tarde, cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazòn, allá tras los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el

pueblo....pero....la granada estallaba muy lejos. Despuès en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

Principiaban á batirse allá, al otro lado, en tanto que acá terminaban.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.